

¿Somos producto de la evolución?



En medio de una sociedad cada vez más científicista, la eterna pregunta sobre el origen del hombre resurge con fuerza: ¿Fue la mano divina la que nos modeló o somos el resultado de un largo proceso evolutivo?

El relato bíblico de la creación

La Biblia presenta en el libro del Génesis un relato de la creación del mundo y del ser humano como acto directo de Dios. **«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza»** (Génesis 1:26), refleja una concepción de la vida humana como un producto del diseño divino y no de un proceso aleatorio.

La comprensión de la evolución y la

fe

Muchos creyentes y estudiosos de la Biblia sostienen que las narrativas bíblicas no deben leerse siempre literalmente, sino dentro de un marco simbólico y metafórico. Esta visión permite reconciliar la **fe en una creación dirigida** con la aceptación de la teoría científica de la evolución. Esto no debilita la creencia en un Creador, sino que puede ampliar nuestra comprensión de cómo actúa Dios en el mundo natural.

El hombre, imago Dei y su singularidad

A pesar de las evidencias científicas de la evolución, para la religión queda un punto central irrenunciable: el ser humano es creado **a imagen y semejanza de Dios (imago Dei)**. Esto le confiere una dignidad y un propósito que va más allá de lo puramente material. La capacidad para razonar, amar, y la búsqueda innata de lo trascendental son vistas como dádivas divinas que nos diferencian de otras criaturas.

Diálogo entre ciencia y fe

El diálogo entre ciencia y fe se ha vuelto cada vez más necesario en la comprensión de temas como la evolución humana. El Papa Francisco, en su encíclica 'Laudato si', reconoce que **el trabajo de la ciencia enriquece la comprensión de la fe**. Así, muchos líderes religiosos y creyentes consideran que ciencia y fe pueden coexistir en armonía, enriqueciendo mutuamente nuestra visión del universo y de nosotros mismos.

La relación entre la fe bíblica y la teoría de la evolución continúa siendo un campo de reflexión y debate. En el corazón de este diálogo no está la disputa entre dos narrativas inconciliables, sino el deseo de comprender más profundamente la singularidad del ser humano y el misterio insondable de su

existencia. Mientras tanto, la fe y la espiritualidad siguen ofreciendo un espacio de encuentro y sentido para millones de personas en la aventura humana sobre la tierra.